

Prólogo

El columnista en su rincón

«*D*onde mejor está el pasado es en su sitio», escribe José Miguel Iriberry en una de las piezas que componen este volumen. La declaración podría tomarse como una impugnación de la mirada retrospectiva, si no fuera porque todo el libro, de la primera a la última página, es un concentrado de evocaciones, un ejercicio tenaz de exploración en el que los recuerdos de la Pamplona pretérita y su realidad actual caminan enlazados. Que el pasado esté mejor donde está no significa para el autor que debamos condenarlo al olvido; antes al contrario, es recomendable no dejar de hacerle visitas siempre y cuando no se pretenda sacarlo del lugar que le corresponde para hacer que suplante al presente. De manera que conviene mirar simultáneamente en ambas direcciones si se quiere obtener una visión de las cosas más o menos equilibrada.

En *Pamplona. Rincones del tiempo* José Miguel Iriberry ha reunido una selección de columnas periodísticas publicadas entre

2003 y 2022 en la sección *Plaza Consistorial*, el espacio del *Diario de Navarra* que nuestro autor ocupó brillante y regularmente durante más de tres décadas. Precede a este volumen otro que vio la luz en 2003 donde quedaban recogidas columnas de años anteriores y en cuyo prólogo afirmaba con acierto Javier Marrodán: «En las *plazas consistoriales* de José Miguel Iriberry [...] el lector encuentra un rincón agradecido para descubrir cómo palpitan ese día la vida de la ciudad y la suya propia».

No me parece casual que la metáfora del rincón utilizada entonces por el prologuista reaparezca ahora en el título de este nuevo libro recopilatorio, ni que vuelva a asomar en la primera frase de la primera de sus estampas. «Me gusta este rincón de Pamplona», declara Iriberry refiriéndose a una plaza del barrio de la Rochapea, uno de los más recurrentes en su deambular literario por la ciudad. La imagen del rincón define ajustadamente tanto los espacios visitados en la obra como la actitud y el punto de vista adoptado por el autor para aproximarse a ellos. Porque, si bien el rincón es el espacio marginal y subalterno que pasa inadvertido al visitante, en contraste con la majestuosidad de las grandes avenidas y las plazas distinguidas, su condición de lugar humilde le otorga un valor especial en la escala de los sentimientos, y hace de los rincones unos lugares acogedores que nos traen a la memoria los versos de Machado: «¡Alegría infantil en los rincones / de las ciudades muertas!».

Los visitados por Iriberry son rincones de un territorio, pero también rincones del tiempo; de un tiempo de doble dimensión en el que se entrecruzan las edades de la ciudad con las edades de un autor que, al igual que Machado, no puede desprenderse del mag-

netismo de la infancia. «Solo empaña el momento, la nostalgia del recuerdo de las desaparecidas piscinas públicas junto al río, donde bañábamos la infancia», nos dirá de regreso a casa, después de haber contemplado con renovado asombro la belleza del puente de San Pedro sobre el Arga, al pie de las murallas.

Esta metáfora del puente nos es útil para describir el observatorio donde se instala el autor para tender la vista sobre la ciudad. Son los alzados en estas viñetas unos puentes que enlazan el hoy y el ayer, desde los cuales va fijando la vista en diversas facetas del mosaico urbano a partir de los acontecimientos que le brinda la actualidad. Porque estas piezas están escritas al hilo de los días, pero en ellas se puede decir que el suceso del momento actúa solo como ‘percha’ periodística. Aunque el lector del periódico fue a leerlas en su día al reclamo de la información fresca, los lectores del libro, que las podrán disfrutar ahora libres de servidumbres informativas, les sacarán mayor provecho. En unos casos la percha es un suceso de mayor o menor relevancia, que tan pronto puede consistir en la inauguración de una obra pública como en el cierre de un establecimiento con solera; en otros, una efeméride, un centenario o una celebración; en otros, en fin, la publicación de un libro que trata sobre asuntos relativos a la ciudad o que nos abre los ojos a presencias que nos pasaban inadvertidas. En su resurrección editorial, lo que nos regalan estas columnas ya no es una actualidad que se nos antoja lejana, sino la permanencia de unos sentimientos más hondos y de una manera más sensible de percibir el latido de la ciudad.

En la mayor parte de estos rincones el paisaje urbano se humaniza con la comparecencia de las personas. Creo que la constante

presencia en los artículos de individuos concretos, con sus nombres y sus apellidos, no responde solo a un propósito de colorear los lugares con el factor humano sino que va más allá: los hombres y las mujeres que aquí desfilan son seres sencillos que forman parte inseparable de cada sitio, bien porque han dejado su huella en él, bien por el mérito no menor de haberlo habitado acompañándole en su nacimiento, en su evolución y en ocasiones hasta en su muerte, como Juan Ángel Elizari, el último cordelero de Pamplona, «que pasó su vida andando hacia atrás, de espalda y de cara a la rueda», o Epifanio Aldunate («aquel memorable hortelano que nació y vivió el siglo XX siempre a la orilla del río» junto a la plaza Arriasco de la Rochapea), o el matrimonio de María Cruz Elía y Claudio Ayarra, los «vecinos del molino que no eran molineros» que nos miran, no lejos de allí, «desde la otra orilla del río», en Errotazar. La voluntad de insertar seres humanos en los lugares se pone aún más de manifiesto cuando la referencia es traída por los pelos para dar alma a algo que de otro modo quizás careciera de ella. Así, en la inauguración del controvertido aparcamiento subterráneo de la plaza del Castillo es un inmigrante, Rigoberto Laica, quien adquiere el mayor protagonismo al ser el primero en levantar la barrera de acceso, lo que a los ojos del cronista parece concederle una definitiva carta de ciudadanía. O una visita al cementerio de Berichitos queda ligada a la memoria difusa de una tal Esperancita, que solo es un nombre grabado en una minúscula lápida que llama la atención del paseante.

Yo diría que Iriberry no tiene la intención de formular una teoría de la ciudad, sino más bien la de ofrecer visiones parciales y particulares de ella en forma de láminas de un álbum abierto. Su preten-

sión no es historiográfica ni sociológica, sino recordatoria y, si se me permite decirlo, poética. De manera que lo que vemos aquí no es tanto Pamplona como las Pamplonas, una lección que deberían aprender los guardianes de las esencias y titulares de identidades, esos PTV -¿pamploneses de toda la vida- a los que el cronista deja en un momento dado, como al descuido, el envío de su caricatura mordaz («Peteuves de esos que suben a San Cristóbal al menos una vez al año para comprobar lo desmejorada que se ve la ciudad sin ellos»). Aquí nadie es más que nadie. Cada vecino atesora un trocito de la población que le vio nacer o que le da cobijo. Al leer estas glosas de José Miguel Iriberry, el pamplonés que uno lleva dentro siente que también a él se le avivan los recuerdos, unas veces idénticos y otras complementarios de los suyos, porque la pretensión del autor no es tanto darnos lecciones de pamplonesismo canónico como sumergirnos en la memoria de una Pamplona diversa que se resiste a definiciones únicas y excluyentes: «igual que los recuerdos tienen la impertinencia de presentarse cuando les da la gana, sin cita previa ni llamada a la puerta, nosotros podemos recibirlos y tratarlos libremente también, subiéndoles el dobladillo o dándoles la vuelta», nos dirá al evocar los cines al aire libre de la plaza de San Francisco.

Todo o casi todo transcurre en el espacio reducido de la Pamplona amurallada, el de la vieja y pequeña ciudad donde está depositada la memoria. Y, dentro de ella, en el espacio aún más acotado que conforma la cartografía sentimental de Iriberry, ese noroeste que limitan las orillas del Arga, la Rochapea y Errotazar hasta las pasarelas del Arga en la Magdalena por abajo, y por arriba lo que un historiador de la Pamplona de los burgos identificaría aproximadamente con la población de San Nicolás, la parcela donde se

sitúan los rincones espaciales y temporales más gratos al autor. Si en algún pasaje del libro toma otros derroteros, amplía el foco no tanto para conquistar territorios como para emprender el vuelo de la memoria y seguir explorando en el tiempo y sus claves.

Lo cual no quiere decir que el columnista dé rienda suelta a la vaguedad. Son estos los artículos de un periodista que fiel a su profesión no se permite traicionar la realidad, sino que, en todo caso, la trata con un realismo afectuoso no reñido con el rigor de los datos. Hay piezas del libro en las que el aparato de exactitudes en forma de fechas, nombres propios y hechos concretos es tan notorio que recuerda la labor del historiador o del erudito. Véase un ejemplo: al evocar la singular historia de un ciclomotor fabricado antaño en Pamplona (la *scooter* «made in Pompaelo», bromea) nos da cumplida noticia de la fábrica y su trayectoria en el mundo industrial, el número de sus trabajadores, el año de su nacimiento y de su muerte, las características técnicas del vehículo y sus prestaciones (que resume de forma concluyente: «Menuda moto»). O este otro: la extinta Casa de Socorro, de la que se nos informa al detalle de sus sucesivas ubicaciones en el plano de la ciudad y de los apellidos de los diferentes médicos que sirvieron en ella pero que sin embargo no recibe el verdadero homenaje hasta que el cronista no la inserta en su mitología privada: «De manera que en el imaginario de la infancia uno conserva la Casa de Socorro como algo solo apto para menores, para escolares y, qué quieren que les diga, de uso preferente para los escolares de San Francisco».

Iriberry maneja una amplia variedad de fuentes. Desde las rigurosamente documentales -el manuscrito de la monja Rosario Ama-

trian dando instrucciones a sus hermanas recoletas para la conservación y cuidado de la figura del Niño en el belén conventual, o la instancia dirigida en 1860 por Tadeo Amorena al Ayuntamiento proponiendo, con simpática ortografía, la construcción de los «jigantes» de la futura comparsa- hasta las orales, a menudo testimonios directos de los protagonistas. Entre estas últimas, alguna con forma de entrevista camuflada de columna, como la mantenida con el guitarrista Sabicas («Estuvimos hablando un buen rato [...]. No pude verle los ojos. La voz sonaba a confidencia»). En otros casos es la fuente directísima de su primera persona, testigo directo de los acontecimientos, como cuando relata, veinticinco años después pero todavía con un rastro de espanto e incredulidad, el atentado que en agosto de 1980 a punto estuvo de arrebatarle la vida a José Javier Uranga a las puertas del Diario de Navarra («No podían ser tiros. Que no. Eran tiros. Veinticinco balas de los asesinos de ETA sobre el cuerpo de José Javier»).

Ni que decir tiene que nada de lo contado y descrito en estas columnas habría pasado a la letra impresa con tanta intensidad sin la voz de un autor que se asoma a sus recuerdos. Pero la mirada personal retrospectiva ni es constante ni se aplica sistemáticamente a todo lo vivido, sino que se afina con especial agudeza en la evocación de las vivencias infantiles. Donde más privilegiadamente asoman los recuerdos del autor es en los años (y los lugares) de la primera edad, ligados sobre todo a las experiencias escolares: «En mi escuela de San Francisco recitábamos los nombres [de las compañías de autobuses] como si fuera la lista de otros reyes godos: los reyes de la carretera». O, en otro pasaje, al contar la excursión anual del instituto a la costa vascofrancesa, «a los bachilleres del instituto

Ximénez de Rada se nos paraba del susto el reloj en la aduana, en el viaje de vuelta, cuando los policías cruzaban lentamente por el pasillo del autobús». Algo parecido sucede con los juegos en la calle, en las desaparecidas piscinas públicas junto al Arga o al lado del aska del muro de Recoletas («donde los chavales del barrio refrescábamos la infancia, la necesidad y la intemperie»).

En el otro extremo del paraíso perdido asoma la vejez, que no perdona, y que merece la glosa hiperbólica y bienhumorada del cronista que acude puntualmente al mercadillo del día de San Blas «año tras año, desde que regresé a casa tras la guerra de Cuba. O de la batalla de las Navas de Tolosa, que a la vejez es mejor redondear las distancias». La mirada de Iriberry sobre los mayores (a quienes prefiere no llamar así porque observa que «los viejos somos carne de eufemismo») es una mirada solidaria, a ratos melancólica y a ratos reivindicativa, una mirada especular y meditabunda que invade casi todo el libro porque en definitiva, como expresa en una de las abundantes despedidas que van jalonando el libro, «cada día es un adiós».

Este libro es, en parte, el testimonio de una ciudad que va muriendo para dar paso a otra. Por eso abundan los momentos en que nos parece asistir a un recuento de pérdidas, unas veces de tiendas («El comercio es el vecindario de las plantas bajas de las casas», nos dice a modo de greguería ramoniana), otras de salas de cine («Desolación. Salas vacías, pasillos sin pasos, olor de ausencia»), de estaciones de ferrocarril y de autobuses, de conventos y de oficios, de viejas fábricas y también, cómo no, de personas que fallecen o se jubilan. Son aquellas cosas «frágiles y sensitivas» que Ángel María Pascual, otro gran cronista de la melancolía, veía permanecer

«asustadas con su aspecto del pequeño Pamplona en medio del tráfago de la ciudad creciente» antes de ser arrastradas por el viento del otoño.

Si bien aquí nos vienen presentadas sin mencionar la fecha de publicación en el periódico, la mayor parte de estas piezas se somete al modelo constructivo de la clásica columna periodística ligada a los acontecimientos del día. Pero, como ha quedado dicho, la carga de actualidad suele ocupar apenas el comienzo del artículo, en ocasiones un escueto enunciado a partir del cual la memoria se abre camino y tira del lector hasta transportarlo al pasado. Al lector le queda la duda de si ha sido informado de un avatar municipal o si el suceso en cuestión no era sino un simple pretexto que dio pie a la efusión de los recuerdos, o de la visión subjetiva de un escritor que convierte los hechos en palanca para el salto de la imaginación.

Uno de los mejores artículos del libro, el titulado ‘Cine público’, ilustra a la perfección el modo de proceder del autor que a partir de un acontecimiento menor -un pretexto, apenas- se ve transportado al universo que le es más grato: «Leo la programación de cine público que el ayuntamiento anuncia para el verano y me veo un año más en la plaza de San Francisco, feliz en la oscuridad de la noche, abriendo los ojos al cine y a la vida». El anuncio de la construcción de unas viviendas en el suelo de lo que fue otro cine actuará de detonante para el estallido de una fantasía en la que los futuros vecinos se cruzan en el pasillo de casa con los fantasmas de antiguas estrellas del celuloide. Y fantasmas serán también los de las viejas fábricas de la Rochapea que van viéndose reemplazados por nuevos elementos urbanos.

La actualidad municipal, que en un sentido amplio aporta la materia preferente de estas entregas, es un asunto dado a la opinión y la crítica. Sin embargo José Miguel Iriberry parece resistirse a emitir juicios terminantes sobre lo que en ella acontece. Son contadas las ocasiones en las que eleva el tono, bien para ensalzar la labor de algún edil (como la alcaldesa Barcina, «una persona de fuerte vocación política, emprendedora infatigable», en su despedida del cargo), bien para soltar una reprimenda al ayuntamiento que «no siempre se entera de la historia menuda de la ciudad. Y cuando se entera puede ser muy olvidadizo».

Al cronista se le ve más cómodo en la posición de observador que en la de juez, lo cual no impide que en ciertos casos el sentido cívico le llame a manifestarse de manera tan enérgica como contundente, como ocurre al hablar de la barbarie terrorista y sus ejecutores, «unos asesinos en su lodazal de miseria humana». En este caso, el recuerdo deja de ser una amable disposición del ánimo para convertirse en un deber moral: «Ya que nada borraré el sufrimiento causado por los terroristas que no borren ellos la historia y la esperanza secuestrando la memoria de las víctimas, su dignidad, la verdad, la justicia reclamada».

Pero lo que estos artículos destilan también es una insobornable actitud literaria, la voluntad de emplear la palabra como algo más que un instrumento del relato y de la descripción. Sin caer en los excesos de la modalización subjetiva tan frecuentes en cierto columnismo al uso, Iriberry apoya sus escritos en recursos de estilo que son marca de la casa. En su mayor parte consisten en pequeñas pinceladas destinadas a rebajar la dicción para huir de los registros ampulosos y acer-

carla al oído del lector, en ese tono que sugería Paul Léautaud: «No me gusta la gran literatura; solo me gusta la conversación escrita». No es casual que tropecemos con frecuentes apóstrofes dirigidos al lector formulándole preguntas retóricas o invitándole a dialogar, en tono confidencial, desde los introductores «verán» o los conclusivos «ya ven», «ya saben» hasta fórmulas de acercamiento que sirven para dirigir una invitación («Apunten la fecha de hoy, 23 de diciembre de 2007») o dar un aviso tranquilizador («Si usted pasea tranquilamente por la Media Luna, no se preocupe»).

No es infrecuente que el diálogo directo se entable también con los propios personajes retratados en el rincón de turno. Tan pronto felicita al primer usuario de un aparcamiento por el honor de estrenarlo («Enhorabuena, Rigoberto») como despide al prócer romano cuyo nombre ha aparecido en los restos de una excavación arqueológica («Que la tierra te sea leve, Lucio Cornelius Celsius») o interpela en clave de humor al pintoresco vendedor ambulante que frecuentaba las fiestas de la ciudad pregonando con extraño éxito un género escasamente festivo: «Pero hombre, Donan, ¿vender bolígrafos en Sanfermines? ¿Tú estás bien de lo que tienes debajo del salacot?».

En todas las páginas se revela también el pulso del escritor que domina los útiles del quehacer literario. La preferencia por una prosa regida por los principios de la claridad y la concisión -abunda la frase corta, reducida con frecuencia a la mínima expresión gramatical de un nombre o un sintagma desnudo, un procedimiento que Iriberry maneja con maestría- no impide que a ratos el autor se asista de ciertas licencias poéticas que la enriquecen revelando su voluntad de estilo: «Solo margaritas que vuelven incansables a don-

de estuvieron a nada que les dejen un palmo de tierra»; «Un grito de amor, de memoria, de dolor. De esperanza».

Abundan en estas estampas las personificaciones del paisaje, como cuando nos dice que las nieblas «secuestran por unas horas las cumbres de la Cuenca o las dejan decapitadas en el aire» o al advertir que «por ahí andarán el Txurregi y el Gaztelu jugando a la comba». Más adelante nos encontramos con una fuente que «se ha pasado casi toda la vida aguantando sobre sus espaldas el cierzo de la Cuenca» y unos cipreses que «buscan el cielo como mástiles de un barco rumbo a la eternidad». No son los elementos naturales los únicos sometidos a este proceso de humanización. En otros momentos cobran vida los trenes, como ese desaparecido Plazaola que «al salir de Pamplona acudía a una cita concertada en Uitzu con su pareja ferroviaria procedente de San Sebastián», o los árboles junto la escultura de Pompeyo, que «no saben leer. No saben que son árboles», o esa otra escultura, la de Gayarre, que «un día de estos, por qué no, se anima en lo alto de su columna y les canta algo bonito a los jardineros».

Y la prosa se aligera cuando toma el sendero del juego verbal, del guiño en forma de alusión hipertextual y metaliteraria -en el texto se inmiscuyen de continuo huellas de lecturas, versos de canciones y escenas de películas, como si el autor quisiera arropar el motivo del escrito dentro de su mitología cultural- o de la frase hecha desfigurada que retuerce el lenguaje buscando efectos singulares, que tan pronto sirven para ironizar sobre la fauna en extinción («Leña al búho») como para despedir al músico Sabicas (que volvió a Pamplona «para quedarse en Berichitos el resto de su muerte») o

deslizar un severo reproche a la intervención de las excavadoras sobre los pocos restos que quedan de la arquitectura popular: «Aquí te pillo, aquí te derrumbo».

Las columnas de José Miguel Iriberry son piezas amables, entretenidas, bien armadas, sustentadas tanto en la información objetiva que aportan como en los guiños que conducen al comentario subjetivo, atentas por igual al rigor documental y a la calidad literaria, destinadas, en fin, a una lectura amena que invite a la reflexión y provoque la sonrisa.

Por *Pamplona. Rincones del tiempo* desfilan personajes e historias, ríos y edificios, plazas y esculturas, estaciones y bares, árboles y aves, comercios y conventos, libros y cines, parques y bares, clubes de fútbol y viejos frontones: hilos de una trama urbana que configuran la «historia respunteada de la ciudad», en palabras del cronista que la aprecia y la siente propia. Lugares que envejecen y declinan y otros en los que el tiempo se ha quedado anclado en la añoranza de una lozanía perdida. Sostuvo Baudelaire con razón que «la forma de una ciudad cambia más que el corazón de un mortal». He aquí una ciudad que se transforma, a veces a velocidad de vértigo, y un mortal cuyo corazón permanece leal a los recuerdos. Es la ciudad interior de un pamplonés que la escribe de modo magistral con la pluma de los afectos y de los sueños, y nos brinda el placer de acompañarlo en su entretenido paseo por estos rincones del tiempo.

José María Romera